



# *Palabras necesarias*

Hay palabras que están llenas de esperanza, tras las que se encierra la posibilidad de un futuro en el que la paz y la igualdad sean, además de una quimera necesaria, también una realidad tangible, un bien universal.

Por difícil que nos parezca, no podemos conformarnos con menos, ni refugiarnos en la dificultad que entraña alcanzar una paz que, si miramos a nuestro alrededor, a veces parece una utopía. Porque resulta difícil hablar de paz cuando nuestros mares se llenan de muertos en busca de un presente imposible. Cuando las sombras de la violencia machista, homófoba o racista siguen acechando nuestras vidas. Cuando la desigualdad económica y social continúa siendo una de las realidades que definen el mundo en que vivimos y crea fracturas injustas y dolorosas entre eso que llamamos, con insufrible arrogancia, *primer mundo* y todos los demás.

Por eso necesitamos aferrarnos a palabras tan poderosas como *educación, aula o escuela*. Palabras que designan herramientas imprescindibles no solo para tratar de construir esa paz necesaria, sino también para concienciarnos de cuanto necesitamos lograr si queremos hacerla posible. Porque de cuanto descubrimos en esas horas que pasamos en clase, quizá sea la convivencia nuestro aprendizaje más importante. Aprendemos, o al menos intentamos aprender, cómo ser junto a los demás, cómo escucharnos, cómo reconocernos, cómo incluirnos, cómo sumar nuestras diferencias y entender que ese mestizaje continuo, ese intercambio de realidades propias y ajenas es lo que más nos engrandece. Lo único que nos permite constituirnos como una sociedad solidaria y comprometida, una sociedad crítica y exigente que no se conforma con pronunciar la palabra *paz* como un deseo, sino que trabaja de verdad para conseguirla día a día. Seguimos trabajando en ella incluso cuando sentimos que cuanto sucede fuera de esas aulas no nos ayuda, porque a menudo parece que dejen solo sobre la escuela la responsabilidad única de cambiar el mundo, olvidando que esa escuela es parte esencial y visible de ese mundo.

Aun así, no nos rendimos. No nos rindamos nunca. No dejemos que los titulares nos desazonen. No permitamos que la desidia ni la insolidaridad ajena nos desaliente. Busquemos modelos que nos inspiren. Miremos hacia la Historia y, también, por supuesto, hacia la Literatura. Seamos Quijotes que no temen enfrentarse a gigantes con forma de molinos ni se arredran ante molinos con forma de gigantes. Seamos Alicias que cuestionan lo que ven y no se conforman con respuestas simplistas ni agachan la cabeza ante testarudas reinas de corazones. Seamos voces críticas con aquello que es necesario cambiar y manos activas con cuanto podamos hacer en nuestro entorno.

La paz no es un bien abstracto y remoto. Es una forma de vida, una creencia firme en que cuanto hacemos importa. Nuestro modo de dirigirnos a los demás y de comportarnos con quienes nos rodean, nuestra forma de ser hacia cada persona que se cruza en nuestro camino. Elegir las pa-

labras que no hieran. Preferir los gestos que nos acerquen. Posicionarnos siempre contra la violencia. Y eso supone no callar, no bajar la mirada, no ser cómplice cuando el dolor aparezca a nuestro lado. Cuando alguien sea acosado fuera o dentro del aula por el motivo que sea. Qué más da cuál: esas razones siempre son injustas. Siempre estúpidas. Siempre crueles. Si permitimos que ese dolor suceda, estaremos siendo también verdugos. Tan culpables como quien ejerce ese *bullying*, esa violencia continuada que horada la vida de quien la sufre hasta amenazar su autoestima, su amor propio, su equilibrio.

Trabajar por la paz es, también, impedir esa herida. Negarnos a ser cómplices de quienes humillan, de quienes se burlan, de quienes marginan. Trabajar por la paz es alzar siempre la voz a favor del respeto, de la diversidad y de la convivencia. Y esa labor, cotidiana y necesaria, nos incumbe a todos por igual, no importa que seamos adultos o adolescentes, jóvenes o niños. Qué más: la paz, como todo lo que de verdad importa, no entiende de edades, ni de tiempos, ni de geografías. La paz es una necesidad universal, porque no hay nada ni nadie a quien no incumba, y, a la vez, una tarea profundamente singular, porque solo cuando de verdad asumamos que nos atañe -en nuestras acciones y palabras- a todos y cada uno de nosotros, será posible.

*Nando López*

**30 de enero de 2019**



*¿Monstruos? ¡Solo en los cuentos!*

**loqueleo**